



DIRECTOR: V. S. CASAN

*Reg. 1050*


 HEMEROTECA  
 MUNICIPAL  
 MADRID



Sofia Alverá

Es de hermosura un portento.  
 declama con maestría.  
 y tiene mucho talento  
 Sofia

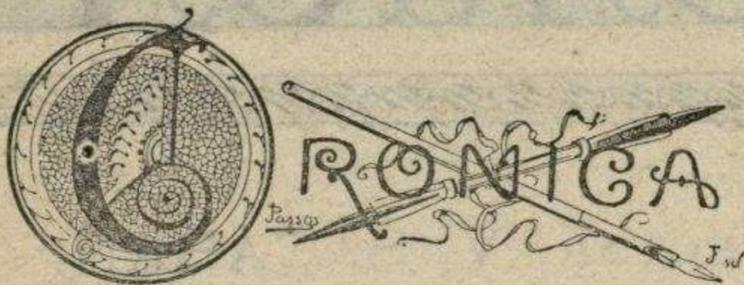
# LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá al propietario

**D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5.—Barcelona**

DIRECTOR LITERARIO: V. S. CASAN.

DIRECTOR ARTISTICO: JOSE PASSOS.



**V**

IVIMOS con el alma en un hilo.

Mientras el insigne Koch se ocupa en resolver ó tiene resuelto ya el medio de curar la tuberculosis, aquí hay quien se practica en despachar al prójimo hacia el otro barrio, sin necesidad de la tisis.

Digo esto porque en Barcelona estamos saliendo á asesinato por día.

Si fuéramos á entrar en el verano creeria que era efecto del cambio de temperatura que hacia entrar en calor la sangre y predisponia á los vecinos más pacíficos á disponer de la vida de sus semejantes. ¡Pero en el invierno! No lo entiendo.

Y sería cosa de buscar remedio, porque vive uno en continua alarma.

Yo de mí sé decir á ustedes que no me atrevo á salir de casa.

Por todas partes me parece ver ladrones y asesinos.

Conozco individuo que por temor á que le roben la capa, la ha empeñado y se deja la papeleta en casa.

Pero es lo que yo le dije: Tú no morirás á manos de ningún malhechor; pero te matará una pulmonía.

El consejo llegó tarde, porque los cuatro duros que le dieron de empeño por la capa se los había comido en colaboración con una bailarina amiga suya.

Inconvenientes de no querer pasar la noche solo, por temor á los ladrones.

¿Y no sería fácil acabar con ellos?

Ahora que tan en boga está eso de las inoculaciones ¿no creen ustedes que daría resultado inocular á todos los ciudadanos, sangre de bandido y de asesino?

¿No se inocula la rabia? ¿Pues qué es un asesino más que un hombre rabioso?

¿A que he hecho yo sin saberlo un gran descubrimiento?

Nada, señores médicos, estudien ustedes el procedimiento á ver si cuaja. Y así como ahora se dice: *Vacuna directa de la misma vaca*, entonces se anunciará: *Virus del propio criminal*.

Y habrán vacunas de varios precios según la categoría del malhechor de que procedan. Habrá *vacuna directa de Pancha-Ampla*, *vacuna del célebre destripador*, *vacuna legítima del último reo condenado*.

Y hasta habrá industrial que anuncie virus auténticos de los siete niños de Ecija.

Pero mientras tanto los médicos trabajan en tan precioso descubrimiento ¿no podría hacer el gobierno algo por la moral y la seguridad pública?

Además de la crónica criminal tenemos otra no menos extensa relación de naufragios, choques, descarrilamientos, incendios y otras menudencias capaces de poner los pelos de punta á un calvo.

Si yo fuera aficionado á los calambures políticos, daría la culpa de todo esto á los conservadores y haría notar que todas estas calamidades suceden desde que el Mónstruo se halla en el poder.

Pero no, yo no soy malicioso ni gusto meterme en terreno vedado donde me puedan marcar con lapiz rojo.

Pero continuo mi artículo de calamidades.

Y van las más gordas y las que más víctimas y extragos causan.

Ha llegado el reinado de las *boas*.

Las mujeres, tan aficionadas á despellejarse unas á otras, se cubren de pieles en esta temporada, para preservar las suyas.

La mujer, el animal más bello de la naturaleza, se cubre y se adorna con las pieles de los animales más feos.

Incluso con la piel de los hombres que es el animal, más animal, de la creación, porque no se ha averiguado todavía que entre los irracionales existan *primos*.

Marido hay estos días, á punto de presentarse en bancarrota ó de levantarse la tapa de los sesos, debido á las exigencias de su *cara* mitad.

En verano con una hoja de parra delante y otra detrás, como quien dice, tienen ustedes á una mujer vestida. Pero en este tiempo es cuestión de pedir el divorcio ó mandarlas á viajar por el Africa Central.

Una usted todas estas calamidades públicas y caseras, á la carencia de comestibles, á la descortesía de los caseros que se empeñan en cobrar los alquileres de sus habitaciones, á la inseguridad personal, al frío, á la dominación conservadora, etc., etc., y obtendrá un pisto infernal capaz de ocasionar á la patria un cólico cerrado que se lo lleve todo pateta.

¡En buena época empezamos, pues, nuestra publicación!

No venimos como una calamidad más, sino como un paliativo á tanto sufrimiento.

Si con nuestra publicación logramos entretejer el hambre del cesante y el maestro de escuela; distraer de su afán de lujo á la bella mitad del género humano; dulcificar el génio feróz del asesino; contener el lapiz rojo de los conser-

vadores; y servir de soláz y recreo á todos los españoles (que bien lo necesitan) se verán colmadas todas las aspiraciones de LA SAETA.

Me parece que no pido mucho.

Más piden los diputados de oposición y tampoco se lo dan.

PABLO DE SEGOVIA.

## TODO Y NADA

DOLORA

—¡Cuánta dicha! ¡cuánta gloria!—  
Dije, entre humillado y fiero,  
Leyendo una vez la historia  
Del emperador Severo.

Y cuando á verle llegué  
Subir á rey desde el lodo:  
—Yo en cambio—humilde exclamé,—  
No fui nada, y nada es todo.

Mas, con humildad mayor,  
Vi que, al fin de la jornada,  
Exclamó el emperador:  
—Yo fui todo y todo es nada.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

## ¿HAY ASCENSOR?

**C**LARITA, era una chica hermosa y pobre; don Cristino, un viejo lujurioso y rico.  
La casualidad les hizo conocerse y el interés los casó.

Así se hacen muchos matrimonios hoy día.

Ella, se enamoró de los millones de él; él, de la hermosura de ella.

Nadie podrá decir, pues, que no se casaron enamorados.

Como es costumbre entre la gente de dinero, desde la iglesia se fueron á la estación para emprender el viaje de novios.

Metieronse en un vagón que había completamente desocupado, y esperaron impacientes la partida del tren.

Ella, decidida á poner en juego todos sus atractivos para hacerse dueña absoluta de la voluntad del viejo y con ella de sus millones; él, soñando de antemano con las dulzuras y tiernas impresiones de aquel poético viaje.

La suerte les favoreció, pues; púsose el tren en marcha, sin que ningún otro viajero hubiese entrado en aquel departamento.

Por fin se encontraron solos; por fin podían comunicarse su amor sin testigos.

La recién casadita, acurrucada en un rincón y con la vista baja, no se atrevía á mirar á su marido. Éste por el contrario, devorábala con los ojos.

Y así pasaron un largo rato, sin atreverse á acercarse ni á decirse una palabra.

—¡Clara!—dijo por fin él.

—¡Cristino!—contestó ella.

Levantáronse, se acercaron, se cogieron de las manos, iban sin duda á cambiar el primer beso de amor, cuando el tren se detuvo brusca-  
mente.

Habían llegado á una estación.

Sentáronse mohinos y contrariados, esperando que se pusiese otra vez en marcha.

Pero ¡oh desventura!

Cuando ya la locomotora empezaba á silbar y la campana había dejado oír su último toque, abrióse precipitadamente la puertecilla, para dar entrada á un viajero.

Era éste un hombre de mediana edad y extremadamente grueso, que no contento con llenar medio departamento con su obesa persona, inundó el otro medio con un sinnúmero de maletines, cajas y cestas.

Clara y Cristino miráronse con tristeza y se sentaron lo más juntitos que pudieron.

El importuno viajero había sacado un periódico que leía atentamente, interrumpiéndose de vez en cuando para mirar á hurtadillas á los dos enamorados, acompañando estas miradas de una sonrisa picaresca y burlona.

Marido y mujer aprovechaban la distracción del indiscreto compañero, dándose algún expresivo apretón de manos ó algún fuerte pisotón. No he comprendido nunca este modo de comunicarse el amor. Daba la casualidad, de que siempre que se permitían algunas de estas inocentes expansiones, el viajero les interrumpía con una de las consabidas risitas.

Clara, ruborizábase hasta los ojos, y D. Cristino mirábalo descaradamente, cual si con su mirada quisiese aniquilarlo.

De pronto, dejó de leer; mirólos con más firmeza que nunca y preguntóles con una voz atiplada y chillona:

—¿Son ustedes padre é hija?

—No, señor, somos marido y mujer,—contestó D. Cristino.

—¡Ah! ¡recién casaditos sin duda?

—Si, señor.

—Debí haberlo adivinado.

—¿Por qué?

—Porque eso se conoce al instante.

Clara miraba por la ventanilla, sin atreverse á volver la cabeza.

—Pues voy á hacerles á ustedes una advertencia que me agradecerán sin duda —prosiguió el viajero—. Voy á dormir y yo tengo el sueño muy pesado. Quedan ustedes en completa libertad.

Y sin esperar contestación ni dejar de reirse, se tendió, poniéndose de cabecera una de las cajas.

A los pocos minutos, roncaba ruidosamente.

Aquel sueño era demasiado profundo y demasiado inmediato para que fuese verdadero.

D. Cristino se encogió de hombros y se acercó á su mujercita.

Esta temblaba de miedo. Creía fingido aquel sueño.

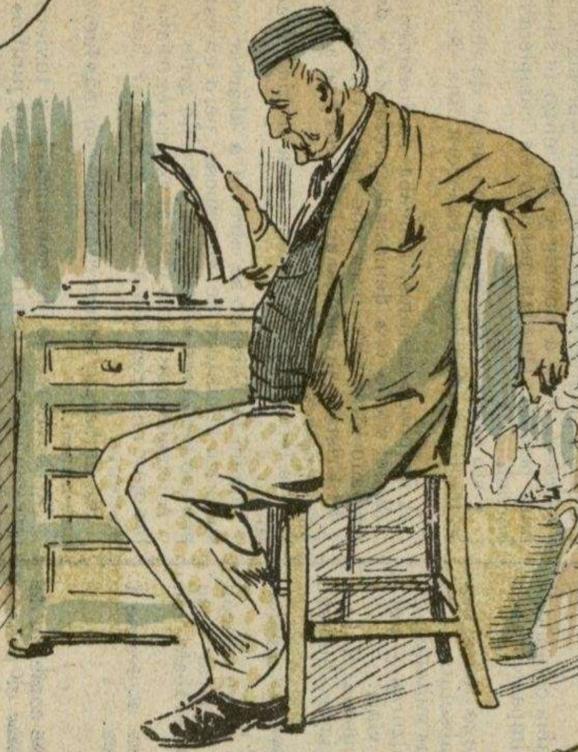
Por fin D. Cristino se atrevió á abarcar con su brazo la cintura de su esposa, pero en este preciso momento ella dió un pequeño grito.

Afirmaba que había visto al viajero entreabrir los ojos, mirarles con malicia y sonreír burlosamente.

Sin embargo, seguía roncando con más fuerza que nunca.

No hubo medio de convencerla y tuvieron que conformarse con ir sentados muy juntitos y con las manos entrelazadas.

Más vale algo que nada.



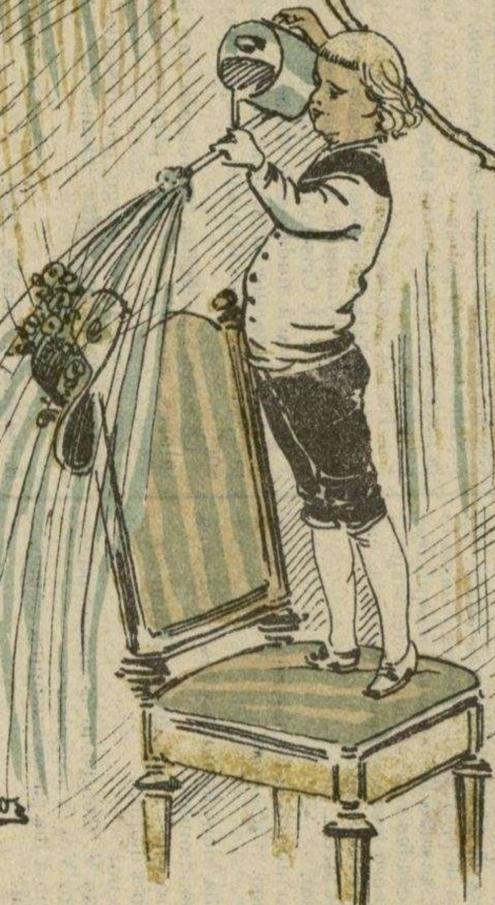
—Pero esto es una irrisión!  
Siempre que a leer me pongo,  
tropiezo con el jabón  
de los Príncipes del Congo.



—Quedará bien mi retrato?  
—¡Ya lo creo!... Como que voy a em-  
plear los mismos colores con que usted  
se pinta.



—Es decir que ahora sirves?  
—Yo siempre he servido, señorito.



—¡Qué contenta se va a poner mamá, cuando sepa  
que le he regado las flores del sombrero!  
Ayer se quejaba de que estaban mustias...



—Cielos, por allí viene mi sastre! Desde las ocurrencias  
de Portugal no puedo ver a los ingleses

Passos

Al cabo de un par de horas despertóse el viajero, miróles de nuevo, rióse como siempre y volvió á leer su periódico.

D. Cristino estaba desesperado.

Maldecía la idea que le ocurrió de viajar y ansiaba llegar al término de su viaje.

Este no ofreció nada digno de mención.

Aquel viajero bajó, pero subieron otros y no lograron estar ni un momento solos.

Por fin llegaron á París, primera parada que habían marcado en el itinerario.

Era la una de la madrugada y hacia un frío horrible.

Sacaron los equipajes, acomodáronse en un coche y dirigieronse á un *hotel* que unos amigos que habían estado pocos meses antes en París, les habían recomendado.

Llegaron al *hotel* y pidieron habitación.

No había disponible más que el número 13 del tercer piso.

¿Número trece y tercer piso?

No les convenía. El número trece es de mal agüero y un tercer piso muchas escaleras.

Pero ¿dónde ir á aquellas horas?

Sin conocer á París, cansados del viaje, ansiosos de encontrarse solos.....

Además, había ascensor y el número de escalones no era un inconveniente.

Decidieron quedarse, al menos por aquella noche.

Clara estaba rendida, más por las emociones que por las fatigas del viaje.

—Anda mujercita, —dijole D. Cristino— colócate en el ascensor y súbete á nuestro cuarto, mientras yo cuido de que descarguen el equipaje.

—No quiero separarme de ti.

—Si es cuestión de un momento, tontina. Anda, luego haré que nos lleven alguna cosilla para comer y ya verás, ya verás. ¡*Garçon!* enseñe V. á la señora donde está el ascensor.

Cedió Clarita aunque de mala gana; dió prisa D. Cristino á los mozos para que descargaran los baules y los subiesen á la habitación que le habían destinado; ayudóles él para que concluyesen más pronto, y una vez todo arreglado, subió de tres en tres los escalones hasta llegar al tercer piso.

Ni aún se acordó de que había ascensor. El amor y el deseo le prestaban fuerzas y hasta le rejuvenecían. ¡Ansiaba de tal modo desquitarse de las contrariedades y privaciones del viaje...!

Buscó el número trece; empujó la puerta, entró... ¡el cuarto estaba solo!

—¡Clara...! ¡Clarita...!

Nadie contestó.

Un sudor frío inundó la frente del pobre viejo.

—¡Camarerooo...! ¡*Garçon!*

—Señorito.

El *hotel* estaba bien montado y los camareros hablaban varios idiomas.

—¿Y la señora que ha subido á este cuarto?

—No he visto á nadie.

—¿Cómo que nó?

—No se asuste V. Dentro de la casa no puede haberse perdido. Voy á preguntar.

Fuese y volvió á los pocos instantes riendo.

—¿Dónde está?

—Tranquílcese V.

—Pero.....

—Precisamente cuando ella subía en el as-

ensor, éste ha sufrido un pequeño desperfecto y se ha quedado á medio camino sin poder bajar ni subir.

—¡Pronto un herrero que lo componga!

—Ya le han avisado.

—¡Qué contratiempo!

Vino el industrial y reconoció el aparato. Se había roto una de las piezas principales y la compostura era difícil. Había que esperar al día siguiente. ¿Quién compone un aparato á las dos de la mañana?

Súplicas, ofrecimientos, quejas, amenazas; todo fué inútil. No tuvo más remedio que resignarse.

—¡Pobre mujercita mía! —exclamaba— ¡Qué noche vá á pasar!

—No tenga V. cuidado —replicóle el criado.—

El aparato es muy cómodo y capaz para seis personas. Estará muy bien.

—Pero tendrá mucho miedo.

—¡Cal! Si no está sola.

—¿No está sola?

—No. Está con ella un huésped muy simpático.

—¿Y nadie más?

—Nadie más.

—¡Maldición!

Y corrió á asomarse al hueco de la escalera.

—¡Clara!

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Estarás incómoda.

—Al contrario. Hay unos asientos tan anchos y mullidos, que pueden servir de cama.

Si no hubiera sido por el criado que lo sujetó á tiempo, el hombre baja rodando por las escaleras. De tal modo le impresionaron las palabras de su esposa.

Sentóse en un escalón y allí pasó el resto de la noche, atento al menor ruido y llamando á cada instante á su mujer.

Esta le contestaba al principio, pero luego dejó de hacerlo. Sin duda se había dormido.

¡La noche que pasó el pobre hombre!

Por fin á las diez de la mañana, pudo salir Clarita de aquel involuntario encierro.

Salió un poco pálida y ojerosa, sin duda por la mala noche que había pasado, pero alegre y satisfecha.

—Dá las gracias á este caballero, —dijo á su marido, señalándole á su obligado compañero.— Ha estado muy amable y respetuoso.

Hízolo así D. Cristino aunque de mala gana, y apresuróse á mudarse de fonda.

Lo primero que hicieron al llegar á ella, fué preguntar los dos al mismo tiempo: ¿hay ascensor?

La misma pregunta formularon con idéntico interés, en todas las que pararon durante su viaje.

Era de ver sin embargo, qué distinta expresión animaba sus caras, cuanto tal pregunta hacían.

A. CONTRERAS.

Barcelona. Noviembre, 1890.



## LA METEMPSICOSIS

Estaban en un salón hablando con gran calor sobre la trasmigración de las almas, y un señor que la echaba de gracioso, de pillin y calavera, dijo en tono sentencioso:

—Es doctrina verdadera, pues yo me acuerdo, señores, de haber sido, y lo deploro, en tiempos muy anteriores creo que.... *el becerro de oro*, Y le dijo su señora:

—Está bien; lo has demostrado, porque para serlo ahora solo te falta... el dorado.

DIEGO JIMENEZ PRIETO.



**Principal.**—Este teatro, á pesar de actuar en él una compañía escogida, al frente de la cual figura un actor de tanta reputación como Romea, está de mala sombra.

El público elegante de Barcelona vá al Liceo, el público burgués, como dicen en Francia tiene marcada predilección por los teatros de la plaza de Cataluña y Paseo de Gracia y para el decano de nuestros coliseos solo queda alguno que otro *amateur*, alguno que otro curioso y... nada más.

Pero en honor de la verdad no todo es culpa del público: Alguna parte tiene en el mal éxito de la temporada la dirección del teatro.

No basta ser un buen actor y presentar una buena compañía (buenos actores y compañías excelentes hemos visto en Barcelona), hace falta un repertorio de obras nuevas y que llamen justamente la atención del público.

Venir á hacer lo que se ha visto y por cierto muy bien hecho es pretensioso y contraproducente.

Quizás comprendiendo esto se prepara el estreno de *Trafalgar*.

¡Quiera Dios que *cuaje*!

En **Novedades** preparan muchas novedades según rezan los carteles ¡si todas son como *La Boja!* «va de retro».

En el **Eldorado** es donde está haciendo la empresa esfuerzos inauditos por atraer al público.

Y por cierto que lo consigue.

La adquisición de la Sra. Folgado ha sido un verdadero *truco*.

Es simpática, hermosa y canta con gusto y afinación.

El público la aplaude todas las noches con justo entusiasmo y el teatro se ve cada vez más favorecido.

Otro de los motivos de enhorabuena es el ajuste del bajo cómico D. José Bosch que tantas simpatías cuenta en Barcelona y que tan gratos recuerdos dejó la anterior temporada.

¡Lástima que en vez de procurarse obras nuevas se contente con reproducir las hechas ya en la anterior temporada!

No obstante anuncia algunas estrenadas en Madrid con aplauso, pero no basta.

El público está hoy por las novedades y hay que preparar muchos estrenos.

En el **Tivoli** han resucitado *Sueños de Oro* y piensan hacer lo mismo con *El Rey Midas*.

No lo creemos muy acertado, porque estas obras ya no son del gusto del día.

**Gayarre** continúa con su repertorio de *sarsuela grande* y el público continúa diciendo que *nones*.

La Compañía salvo muy pocas excepciones es muy flojilla.

No nos estendemos más en esta sección porque las novedades teatrales de esta semana están ya juzgadas por toda la prensa local.

Desde el próximo número haremos una revista minuciosa de todos los teatros.

Así, pues, hasta la otra.

ALMEJA.



En cumplimiento de un grato deber de cortesía y compañerismo, mandamos un cariñoso saludo á todos nuestros colegas locales y de provincias.

\* \* \*

El retrato de la celebrada artista D.<sup>a</sup> Sofia Alverá, que nos honramos en publicar en nuestra primera página, es tomado de una fotografia de D. A. Esplugas, que tiene su renombrado gabinete fotográfico en la Plaza del Teatro, 7.

\* \* \*

Consuelo, mujer de Plá, se fugó con Luis Corzuelo; y asegura Plá que está muy contento sin consuelo.

DIEGO JIMENEZ PRIETO.

\* \* \*

Una vieja coqueta decía:

—Aquí donde ustedes me vén, he tenido muy buenos quince años.

Y un pollo la preguntó:

—¿Pero es posible que se acuerde V. de cosas tan remotas?

\* \* \*

Un vecino honrado interpela á otro que va pulea diariamente á su mujer:

—Pero, hombre, ¿no le dá á usted vergüenza tratar así á su mujer, á un sér más débil?...

—Yo diré á usted: para mí la mujer es siempre respetable; pero yo á quien sacudo es á la hija de mi suegra.

A la estacion



—¿Y para ir á pasar quince días en Madrid lleva tanto equipaje la señorita?

—Pues esto no son mas que las cajas de guantes y abanicos.

ANUNCIOS

**LA SAETA** SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO  
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Numero corriente: **10 céntimos.** | Número atrasado: **20 céntimos**

*Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona*

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo **15 céntimos** en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: **15 céntimos.**

Esta colección también está terminada y no se publicarán mas tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

**GUIDADITO CON ESTO**

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores. Ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 7 tomitos á **15 céntimos**, y hay más en prensa.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 38 tomitos á **15 céntimos** uno y en prensa la continuación.

*Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona.*